

Una guerra en 10 minutos

Sofía Cecilio

El problema fue no haberlo previsto. Nuestro gran error fue no saber ver el engaño de estos soldados. Nunca fueron lo suficientemente fuertes, listos o estuvieron bien armados pero jugaron muy bien sus cartas y consiguieron algo que nadie esperaba... entraron en su territorio, y nunca pudimos encontrarlos, incluso pensamos que se habían marchado. Inteligencia lo tildó de una incursión de exploración pero no podíamos estar más equivocados. tras su visita la paranoia se apoderó de nuestro gobierno: El ejército se echó a la calle, nuestros jóvenes que maduraban a fuego lento con la mirada puesta en un futuro que posiblemente no verían, fueron reclutados y con todo nos preparamos para una guerra que nunca tuvo lugar. Pero el tiempo pasa, y sin una amenaza inminente hasta la ley marcial acaba por relajarse.

Se esfumaron y un apresurado informe oficial selló su desaparición: "La realidad de la amenaza no justifica el nivel de alerta mantenida por lo que se procede a la inactivación del operativo". El ejército de vuelta a las bases los jóvenes a la reserva militar y la normalidad esa tensa normalidad se hacía cargo de la situación. Como si nada aquel pequeño grupo de soldados que protagonizaron la incursión ya era parte de nuestra sociedad, aprendiendo nuestras costumbres y por supuesto, enseñándonos las suyas, hasta ser una misma. Sus ideas, ahora eran las nuestras; su mensaje, el nuestro, o al menos el de parte de nosotros. Así es como se fragua una guerra, con la ayuda del paso del tiempo indolente e infalible y con la paciencia de un orfebre que puede ver el final de su obra aun cuando solo esta ante un amasijo de metal.

Todo pasó muy deprisa, antes de que nos quisiéramos dar cuenta estamos ante una nueva incursión pero en esta ocasión no vinieron a explorar. Como si de la tierra surgieran, los soldados, integrados entre los nuestros se levantaron en armas y ahora en un número mayor comenzaron el ataque. Desplegando toda nuestra fuerza lo contuvimos pero pasó algo... Nuestros propios soldados, amigos, hermanos empezaron a destruirlo todo Como si no se pudiera detener una ola de violencia que habían iniciado nuestros agresores ya derrotados hace mucho. A duras penas pude dejar de defenderme para contemplar aquella guerra de hermanos. Solo éramos sangre, unos contra otros, en medio de una total y completa aniquilación mutua. Parecían poseídos, como si los hubiera manipulado alguien para no dejar de luchar hasta morir o arrasar con todo a su paso. No era posible ni siquiera reparar las trincheras y parapetarnos o respirar antes de un nuevo golpe. Lo que comenzó como una victoria fácil se había convertido en una lucha por la supervivencia, y ya nadie se sentiría a salvo.

Entre el humo y los cadáveres, un segundo fue suficiente para volver la vista atrás y dejar de huir. Parpadeé como si no pudiera creer lo que estaba ocurriendo, y a pesar de que en nuestra mirada se apreciaba la culpa, entendí que no había nada que hubiéramos podido hacer. El mundo había cambiado, esa desolación creciente en la batalla, era un antes y un después. Comprender cómo habíamos llegado hasta este punto no era algo de tan solo unos segundos, pero bastaron unos segundos

para encajar todas las piezas de este puzzle. La primera incursión...la llegada de nuevas tropas...el inicio de una pelea sin cuartel. Todos contra todos, nada tenía sentido.

Al volver en mí, pude percatarme de que ese segundo eterno escondido en mí mismo, había sido suficiente para que nuestro enemigos, por llamarlos de alguna manera, trajeran nuevas armas a la contienda. El ambiente se llenó de ese hedor que se produce cuando la vida acaba y ese desconocido arsenal no hizo más que contribuir a que ni siquiera los caídos tuvieran un lugar donde descansar.

Sin ningún sentido, los cuerpos se amontonaban entre los dos bandos sazonados con escombros de nuestro mundo, uno, que tardaríamos en reconstruir.

A medida que transcurría el tiempo parecía verse una clara dirección de los acontecimientos, marcada por la destrucción de aquellos extranjeros, y a pesar del enorme daño colateral, pudimos entrever el final de esta guerra.

Pese a todo, la rendición no era en ningún caso una opción, por lo que los pocos que aún podíamos mantenernos en pie, pedimos ayuda a voz en grito, y con la desesperación propia del que se sabe casi desaparecido, abrazamos alianzas con quien estuviera dispuesto a luchar a nuestro lado. No fue fácil, pero resistimos, perseveramos y nos tendieron una mano amiga.

Nuestros aliados, de más allá de este mundo, tenían la clave para detener esta masacre. Nos proporcionaron en tan solo unos instantes, la paz que añorábamos pero que no podíamos recordar. En un solo acto, con una sola arma, en el momento el lugar adecuados, todo se detuvo. Toda esa energía, esa entrega, que nos ofrecieron a modo de regalo...era lo único necesario para no contar ni un solo muerto más, y así fue. De una forma que incluso pareciera mágica, nuestro mundo, cuyos cimientos se tambaleaban...volvió a nacer, restaurando el orden natural.

Mucho tiempo después de haber vivido aquel triste capítulo, y tras una larga y feliz vida, pude aprender algo que enseñaría a los que estuvieran después de mí.

La guerra no tiene memoria, la guerra solo entiende de vencedores y vencidos, víctimas, verdugos, muertos y vivos...pero los hombres si la tienen, y deben de estar preparados para que la guerra no se apodere de todo y de todos. La memoria del hombre, el recuerdo de las alianzas del pasado ha de suponer la base de nuestro futuro, no cometer los mismos errores, no consumir los mismos alimentos...

La guerra y el rechazo algo tan insignificante como un cacahuete provoca una guerra. Esa enfermedad, una condición que aqueja la raza humana y que como tal, puede ser tratada. Tan solo se necesita el tratamiento adecuado, una adrenalina en el momento y lugar adecuados, tan solo eso para detener la batalla.